

Introducción a la época barroca española (siglo XVII)

El Barroco

La evolución de la cultura renacentista lleva, en el siglo XVII, al Barroco. Con esta palabra no se designa un estilo particularmente definido, sino un fenómeno cultural cuyas manifestaciones artísticas y literarias, a diferencia del equilibrio y serenidad propias del Renacimiento, gustan de lo complicado y confuso [...].

Las circunstancias sociopolíticas

Felipe II conservó los extensos dominios que le legara su padre, Carlos I; pero el desastre de la Invencible indicaba ya que el poderío español no era tan sólido como antes. El Rey prudente falleció al filo del siglo (1598) y sus sucesores, los tres últimos Austrias, llenan el siglo XVII.

La indolencia de los dos Felipes, III y IV, y la ineptitud de Carlos II dejaron los negocios del Estado en manos de favoritos ostentosos, más atentos en satisfacer su vanidad personal, cuando no su codicia, que en asumir sus responsabilidades de gobernantes. Mientras el lujo imperaba en la corte, la nación sufría las consecuencias de una economía mal dirigida (desatendió la agricultura, descuidó el comercio exterior y no protegió la industria) que cargaba de impuestos a la clase media y colocaba en difícil situación a los estamentos inferiores. El descontento general y la falta de autoridad de los gobiernos y de los monarcas, desembocaron en graves problemas políticos: sublevación de Cataluña, independencia de Portugal y de Holanda, rebeliones en los reinos de Sicilia y Nápoles, etc. A medida que se acentuaba la decadencia española, Francia pasaba a ocupar la supremacía en el concierto de las naciones europeas.

Aspectos ideológicos y sus repercusiones en las artes y la literatura

En el sentir nacional estaban patentes hechos y nombres de un pasado, todavía próximo, cuyas glorias, recordadas con orgullo, contrastaban con el pobre y menguado presente. De la vivencia y confrontación de ambos extremos surgieron sentimientos confusos y contradictorios que se proyectaban en la sociedad de la época donde junto al lujo y boato de la nobleza y el bullicio de fiestas y diversiones públicas, existía una patente miseria y una multitud de pícaros pordioseros y andrajosos; al lado de la auténtica religiosidad y elevada moral, el cinismo desvergonzado y la embriaguez de los sentidos.

Las artes y la literatura del Barroco se apoyan en ese sustrato ideológico basculante entre contradicciones; a veces inciden en un crudo realismo, en tanto que en otras se evaden, por caminos puramente formales, hacia la creación de un mundo propio. Veamos algunos de estos aspectos:

Lo religioso. Se mantiene el espíritu de la Contrarreforma, apoyado por el desarrollo de la Compañía de Jesús, y las frecuentes canonizaciones de santos españoles dan pie a grandes fiestas y solemnidades, pero disminuye el número de escritores propiamente religiosos que tanto abundaron en la época anterior. Los temas se secularizan y se hacen espectáculo teatral en las comedias de santos o en los autos sacramentales; la pintura se inspira abundantemente en lo religioso para narrar por la imagen, pero lo que se ha llamado "crueldad devota" aparece en el naturalismo de los Cristos de Zurbarán, en el tenebrismo de Ribera, en los leprosos de Murillo [...].

Desengaño. Ni la alegría vitalista del Renacimiento ni el desprecio del mundo nacido de la sensibilidad ascético-mística de Fray Luis de León o de san Juan de la Cruz, son válidos en esta época [...].

Según el temperamento de cada uno, el desengaño se manifiesta en pesimismo satírico, como en Qvedo, o en reflexión especulativa, como en Gracián, o se entinta de melancolía: así en el Quijote o en esa serie de retratos del Greco o de Zurbarán en los que unos personajes nos miran desde el fondo del lienzo con porte serio y grave y un entristecido brillo en los ojos.

Exageración. Derivada también de ese sentimiento de desengaño, existe la tendencia a la desmesura, a la exageración en todo, con lo cual se oculta y enmascara la realidad: es la pompa de los saraos y fiestas cortesanas, el bullicio popular de los carnavales y corridas de toros, la exaltación del punto de honor que se pica a la menor cosa y obliga a echar mano de la espada. Su manifestación artística se traduce en las retorcidas columnas salomónicas, la abundancia de decoración tanto en el interior como en el exterior de los templos [...]. Pero, como dice un refrán recogido por el Maestro Correas, "Grito y dos ollas y un garbanzo en todas", ese aturdimiento y grito no anula la consideración de la realidad sangrante. La vemos también, con clara intención satírica, en la galería de enanos y fenómenos estupidizados pintados por Velázquez y en el pulular de la decadencia proletaria en los mendigos y tipos populares de los lienzos de Murillo, o de Ribera.

Resumiendo lo anterior, podemos afirmar que en la estética del Barroco, a diferencia de la que le precede (siglo XVI, Renacimiento) y de la que le sigue (siglo XVIII, Neoclasicismo), no hay reglas ni leyes ni modelos, sino que, inmersa en un contexto desconcertante, fluctuante y desilusionado, obedece a motivaciones muy personales y subjetivas que cristalizan en un arte dinámico y estremecido, hecho de contrastes e intensidad.